

LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES.

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.



Esta REVISTA publica
los días 15 y último de cada mes.
Se remite á la Isla franco de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.
S. Sebastian-75.
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripcion.
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.
Solo se admite suscripcion por trimetr.

DE JULIA A GRACIELA RESIDENTE EN YAUCO.

Puerto Rico 12 de Noviembre de 1875.

Mi querida Graciela: Oportunamente recibí tu grata del 11 del pasado, por la que ví con sumo placer, lo bien que te iba de salud en ese pueblo, leyendo por mi parte con igual gusto la descripción de tus impresiones como recién llegada al mismo.

La dicha carta del 11, la pilló el duendecillo de "La Azucena" y le dió cabida en su número 29. — No creo haya podido atrapar aún tu posterior del 2 del actual, á que ahora me refiero principalmente.

Al leer mamá lo que dices de ese punto, ella que estuvo ahí habrá algunos años, se alegra de sus progresos, por haberle sido población muy simpática; y supone que aquellos habrán seguido y seguirán cada vez en mayor escala, dado el celo de las personas llamadas á interesarse por su mejoramiento en todos sentidos.

Por ejemplo, me encarga te pregunte, si se encuentra ya terraplenada, sin yerba, con algun empedrado, con alguna simple acera en derredor que facilite el paso y sin objetos que la obstruyan, la plaza principal, por que en su tiempo, al mas simple chubasco, tenía que privarse de salir de casa y hasta de ir á misa por lo intransitable que se ponía. Verdadero pantano que ya hoy no existirá, si se ha arreglado y empedrado aquel lugar, con beneficio de la salud y de los vestidos del transeunte. Podía entonces decirse, lo que ahora tal vez no: que éste no solía pasar por allí sin llevarse en el calzado tierra bastante para formar una estancia, que dejaba luego, á despecho de los felpudos y demas precauciones, en el pavimento de las salas y estrados. Esto acontecía tambien con todas las calles, por corta que fuese la lluvia, puesto que salvo algunos trozos, ni aceras se contaban; así es que en un baile, por ejemplo, si las nubes habían tenido por conveniente derramarse durante el día, bailábase poco menos que sobre terrones,

con desmedro del fino calzado y bajos de las damas; damas que seguramente, por su buen gusto en el vestir y el esmero de su tocado, no merecían que se adhiriese á los ruedos de sus trajes tan grotesco adorno.

He visto con gusto en tu última carta, no publicada aún por La Azucena, que sin duda no ha logrado dar con ella, que se estaba ya reparando la tapia caída de ese cementerio; y supone mamá igualmente, que las casuchas que formaban la plazoleta frente al edificio consistorial, estarán ya convertidas en casas dignas de aquel lugar distinguido; pues tanto estas como todas las de aquella parte, deberían ser las mejores del pueblo, por hallarse á la entrada del mismo; así como que se habrán arreglado con las cunetas necesarias, etc., las calles que por su inclinacion, sirven de camino á las aguas que vienen de lo alto del caserío.

Tú sabes que en esta Ciudad hay calles, que por tener igual posicion, se verían ocasionadas á zanjones por el estilo de los que se forman en esas; pero todo se ha evitado con *enchinar de firme y sólidamente* el centro dejando mas en alto las aceras: lo primero sería mas fácil de ejecutar en ese pueblo por la abundancia de cantos rodados, vulgo chinos, que hay en las orillas de ese río tan cercano.

Otras cosas me ha dicho tambien mamá, que supone hechas ya por esos celosos vecinos principales, que deben legar á sus hijos mejorado lo que recibieron de sus padres, uniendo la buena fama de su nombre al progreso de la población; pero es largo y te lo comunicaré otro día.

Las mejoras á que mamá se refiere, llevada de su cariño á esa localidad, en caso de no haberse realizado, no deben exigirse de entidad determinada; pues la mejor iniciativa oficial á pesar de sus buenas intenciones, se estrella, si el vecindario no la secunda como debe. Á todos toca pues, y principalmente á los vecinos acomodados y á las personas ilustradas, que conocen los bienes que lleva en sí el mejoramiento.

to y ornato de una poblacion que no es ya insignificante.

Mañá que se felicitó cuando se estableció en ésa el alumbrado público, cree que no será incompleto el número de faroles, como acontece en otros pueblos, en donde, por no haberse hecho las cosas cabales, han debido aquellos estar algo mas próximos y haber algunos más: lo que no ocasionaría un gasto que fuese cosa mayor.

En cuanto á lo que me refieres de la ejecucion esmerada que se dió por esos aficionados á la comedia sentimental *Es un ángel*, en la noche del domingo 31 del pasado, debo decirte que me place, como todo lo que sea ver que tan bello arte progresa en ese pueblo, tan acreedor á disfrutar de este género de cultura. De ello debe resultar beneficio forzosamente al mejoramiento moral é intelectual de todas las clases, porque con todas ellas habla el teatro. Nada menos podía esperarse de las buenas disposiciones que, segun me ha dicho Alfredo, recién llegado de ahí, poseen esos jóvenes, que tan honrosa como inocentemente emplean el tiempo. Ya sabía por tí, que las señoritas de Mejía y de Ramos, á quienes desearía conocer, son bellas y simpáticas: mérito que es justicia en tus labios sinceros é imparciales. Por el referido Alfredo, sé que los aficionados del que se llama sexo fuerte [cuando una mirada nuestra no les torna mas débiles que la hoja que arrebató el viento] estuvieron bastante bien en la comedia, pero que aquellas señoritas fueron su principal lustre, y que unos y otros supieron acomodarse y guardar el nivel artístico de las situaciones; que adelantan tanto en esto como en la modulacion de los diálogos, cual cumple á la diversa expresion de las ideas y los afectos; y que su buen decir, en que mejoran cada dia, así como la cultura que revelan sus modales, demuestran la buena educacion social y literaria, que si honra á sus familias respectivas, se debe en mucho, especialmente la segunda, á sus naturales disposiciones y á su propio empeño: que no de otro modo puede explicarse este hecho, dada la existencia retraída en cierto modo, por no decir aislada [y todo contacto sería insuficiente] que suele llevarse en los pueblos del interior de nuestra isla. Manera de vivir que trae consigo la carencia de estímulos, la falta de modelos artísticos que imitar, y la poca amplitud y variedad de horizontes que ensanchen y den pábulo á literarias aspiraciones: manera de vivir nada á propósito para acrecer lo que si no nace no crece, ni para engendrar lo que no puede crecer sin haber nacido.

Me ha dicho asimismo Alfredo, que la sudicha comedia se vistió con elegancia por parte de ellas y con no menos buen gusto por parte de todos, cual podía ponerse en el centro artístico de mas exigencias; y la ejecucion, en resumen, la de buenos aficionados.

Por aquí como ahí, andan las viruelas; por fortuna no muy malignas en la mayor parte de los casos. Esta generalizacion de semejante enfermedad, proviene sin duda de haberse descuidado desde hace años la vacuna en los párvulos y la revacunacion en los adultos; sin pensar tanto los padres de familia como los particulares, en que por tan fácil medio, con repetir la inoculacion artificial de tiempo en tiempo, podría evitarse una dolencia repugnante y á menudo mortal. En otro tiempo no venia á ser tan comun y perseverante esta enfermedad en la isla, lo que prueba la eficacia de la vacuna, entónces mas atendida y generalizada. Y lo singular es oír de labios ignorantes la desdeñosa incredulidad acerca de esto, cuando hasta los muy pocos adversarios facultativos de este útil descubrimiento, si niegan la conveniencia de su aplicacion, es precisamente fundándose en su eficacia. Con efecto, basándose en ésta, juzgan, en mi humilde concepto gratuitamente; que *acaso* la vacunacion viene á cohibir de una manera perjudicial un desahogo necesario al organismo, trayéndole por aquel medio mayores males; pero esto es un *acaso*, y la influencia modificadora ó suavizadora de la vacunacion en la viruela maligna, es un hecho reconocido por universales y ya añosas experiencias que vienen á corroborarse de continuo cada dia. Prueba de lo que digo, puede ser lo que pasa en la numerosa guarnicion de Ponce, en la cual, segun me refiere Isaura, á pesar de la aglomeracion inherente á la tropa acuartelada, no ha penetrado absolutamente la viruela: ¿Á qué sino á la vacuna debe atribuirse esto? El hacinamiento, que no aglomeracion, en los bajos de la mayor parte de estas casas, así como la manera de vivir de nuestros campesinos casi á la intemperie, mas dañosa aún respecto de enfermedades que requieren abrigo y traspiracion, serán sin duda causas de mortalidad en esta dolencia; pero la falta de aplicacion del antídoto conocido, es decir, de la vacuna por lo mismo que ésta no obra sino individualmente, viene á ser la principal causa de la extension que ha tomado este mal.

Tengo el gusto de enviarte esa octava, que sin pretensiones literarias dedicó nuestra amiga R. . . á nuestro querido y respetable amigo Dn. J. A. P. modelo de hijos cariñosos, en la gravísima enfermedad de que se ha salvado felizmente su excelente madre. Yo veo en ella sentimiento y precision. El segundo verso por tener la cesura en la cuarta, y contar dos agudos colocados de cierto modo, resulta algo duro; pero muchos de estos hallarás por esos mundos en obras de mas pretensiones. Dice así:

Á DIOS.

Gracias, Señor! Un hijo acongojado
llegó á tu altar cuando perder creía
el sér que de la tierra es mas amado,

el ser que le dió ser, y.... se moría.
Escuchar su plegaria te has dignado
y la de todo aquél que le quería.
Con tu inmensa bondad, hoy, yo testigo,
le devuelves su madre.... ¡Te bendigo!

Ya sabrás la sensible muerte de nuestra buena amiga Mercedes C. de G., ocurrida aquí habrá algunas semanas. Buena y digna esposa: generalmente apreciada.—Descanse en paz.

Adios, Graciela—Siento haber concluido tan tristemente esta carta; espero que en otras no tendrá motivos, Dios mediante, para concluir del mismo modo.

Tuya siempre,

Julia.

DANTE ALIGHIERI.

No dudamos que nuestros ilustrados lectores verán con gusto que consignemos en las columnas de la "Azucena" una serie de noticias biográficas de los hombres que mas se han distinguido en las letras, ciencias y artes, y cuyas obras y nombres han pasado á la posteridad, reverenciados por los amantes de lo bueno y de lo bello. Damos principio á esta agradable tarea, con la biografía del célebre Torcuato Tasso, y ahora seguimos con la del Dante, en la que hemos procurado reunir y comentar los datos mas importantes y verídicos que existen acerca del desgraciado poeta, á quien los enemigos crueles que tuvo en vida no han podido arrebatarse el lauro de la inmortalidad.

Nació el Dante en Florencia el 8 de Mayo de 1,265, de la familia güelfa de los Alighieri ó Aldighieri. Tuvo por maestro á Brunetto Latini, y cultivó todas las ciencias conocidas de su tiempo.

Desde su primera edad, sintió la pasión del amor por la jóven Beatriz de Portinari, á quien ha dedicado un lugar preferente en todas sus obras. Ella fué para Dante, la vision de un mundo nuevo, y la inspiración de sus primeras cántigas, fuente de sus sueños encantadores. Tenían ámbos nueve años, cuando se encontraron, y Dante la amó desde entónces: "Este amor, dice él mismo, tomó sobre mí tal señorio, que yo debía obedecer á todos sus caprichos: la veía bajo una forma tan amable y graciosa, que ciertamente podía repetir de ella aquellas palabras de Homero: "No parece la hija de un mortal sino de un Dios."

Algun tiempo despues volvió á encontrar

La bella creatura de bianco vestita,
paseando por una calle en que Dante se había detenido lleno de temor. Inspirada por inefable cortesía, le saludó tan graciosamente, que él creyó ver todas las delicias de la beatitud. ¡Cómo se gravan los menores detalles en la memoria

de un amante! Entró en su casa, y pensando en aquel saludo, se durmió y tuvo una vision divina.

Aquella jóven, con su invisible mano, le había abierto las puertas doradas de lo ideal y de lo maravilloso.

Sus amigos le preguntaban el nombre de la que quería. Él suspiraba, los miraba, y no decía nada.

Beatriz dejó de contestar un día el saludo de Dante. Decididamente el corazón del poeta era rechazado. Sea desconocido obstáculo, sea indiferencia, ó mas bien por obediencia filial, Beatriz se casó con el Caballero Simon di Bardi, y murió á la edad de 24 años.

Los poetas han sido generalmente desgraciados en amor. Acaso lo haya dispuesto así la Providencia, para que las cuerdas de su lira no se emboten en la felicidad.

Dante tendría entónces 22 años, y se aliviaba la desesperación que le producía esta nueva. Su estado era alarmante, y sus parientes y amigos, buscando medio de hacerle desear la tristeza que lo devoraba, y procurando que recobrara su antigua alegría, trataron de hacerle tomar esposa. Dante resistió cuanto pudo á este proyecto, mas vencido al fin por las reiteradas súplicas de aquellos, tuvo la desgracia de casarse con Madonna Gemma, de la familia de los Donati, mujer altanera, díscola y porfiada, que agravó aún más las angustias de su corazón.

Por espacio de algunos años, ¡recorrió nuestro poeta oponer al mal carácter de su esposa, su paciencia y su virtud; pero desesperado al fin de disfrutar la necesaria tranquilidad en su hogar doméstico, se separó de ella.

En medio de los trastornos que agitaban á la sazón la Italia, Dante se declaró ardiente *gibelino*, se distinguió en muchas expediciones contra los *güelfos* de Arezzo, Bolonia y Pisa: su valor contribuyó en gran parte á la victoria de Campaldino en 1,289, y á la toma de Caprona en 1,290; desempeñó con muy buenos resultados varias misiones políticas; varias veces fué enviado al rey Carlos II de Nápoles, cuando apenas contaba treinta años, y poco ántes de su destierro. — Además de esta, desempeñó otras importantes embajadas, y entre ellas la que el Papa Bonifacio VIII le encomendó para ofrecer la concordia á los florentinos. En los demas asuntos públicos tomó tanta parte, que al decir de Bocacio, no se adoptaba ninguna disposición de mediana importancia, si Dante no daba previamente su parecer. Su mucha rectitud le hizo merecedor de los mas elevados puestos, y de la confianza pública, así es que en el año 1,300 fué elegido Prior ó magistrado supremo de Florencia; pero habiéndose introducido la discordia entre los gibelinos que dominaban aquella ciudad y dividiéndose esta en dos

nuevas facciones, una llamada de los *Negros* que quería abrir las puertas á Carlos de Anjou; y la otra de los *Blancos* que se oponía abiertamente á ello; Dante, ardiente partidario de estos últimos, fué desterrado de su patria, y poco despues de su partida le condenaron á quemarle vivo.

Dante habia unido su corazon á una mujer y á una ciudad; la mujer muere, y la ciudad le rechaza. El destierro desgarró su alma, y dirigióse á Roma sin temer nada por sí, pero viendo que aún allí se le tenían asechanzas, pasó á Toscana, y poco despues á Arezzo y Bolonia. Buscó por último un refugio en los estados de Alboino de la Scala, señor de Verona, quien acogía magnífica y desinteresadamente á los personajes mas sobresalientes que se veían perseguidos por los *güelfos*. Apesar de los beneficios que le prodigó Alboino, no disminuyó en Dante el deseo de volver á su patria, y como el destierro se le hiciera insostenible, escribió á las personas mas autorizadas y al pueblo florentino, rogándoles que le alzasen aquel; sus ruegos fueron desoídos, y á fin de mitigar el pesar que esto le causara, y ávido de conocer los diferentes usos y costumbres de cada país, emprendió una penosa peregrinacion.

De ciudad en ciudad anduvo errante el gran poeta, luchando contra la miseria, hasta que despues de pasar algun tiempo en Paris, cuya universidad frecuentó, se fijó definitivamente en Rávena, donde murió el año de 1321, dejando muchos hijos que vivían pobremente con su esposa Gemma.

Vemos, pues, que como otras celebridades, el sublime cantor dejó este mundo, pobre, abandonado y proscrito, con cuyo motivo recuerda uno de sus biógrafos muy oportunamente aquél epitafio que Scipion ordenó se pudiese sobre su tumba, refiriéndose á Roma:

Ingrata patria, no poseerás mis huesos.

Durante su destierro, Dante compuso el célebre poema que le ha dado renombre, conocido con el título de *La Divina Comedia*, que comprende tres poemas ó actos distintos, el *Infierno*, el *Purgatorio*, y el *Paraiso*. Para cantar el poeta la suerte de las almas despues de la vida terrestre, coloca en el infierno y en el purgatorio todos los que se han hecho notables por sus crímenes ó sus vicios, y mas particularmente los que han sido autores de sus males; y en el paraiso los que han prodigado el bien.

Supone que Virgilio, su poeta favorito, le acompaña al infierno y al purgatorio, para indicarle cuales son los réprobos, y describirle sus suplicios, y que Beatriz es su guía en el paraiso.

Esta extraordinaria composicion es una de las producciones mas sublimes del ingenio humano, si bien es una de las obras mas oscuras, siendo la principal causa de esta oscuridad, las alusiones de que está llena.

La Divina Comedia es el primer poema es-

crito en lengua italiana, pues hasta entónces, no se habia usado mas que el latin.

Está compuesto en tercetos ó rimas triples y excitó una admiracion universal. En muchas ciudades se establecieron cátedras para explicarlo, y Bocacio fué el primero que desempeñó la que se creó en Florencia con este objeto.

La *Divina Comedia* de Dante, la *Jerusalem libertada* del Tasso, y el *Paraiso Perdido* de Milton, son las Iliadas y las Odiseas de nuestra teología. De estos tres grandes cantos, dice Mr. de Lamartine, uno es verdaderamente original, es decir, nacido de sí mismo, de su fé, de su país y de su tiempo: este es el Dante. No se parece á ninguno de la antigüedad poética; es un monge de algun sombrío convento cristiano de la edad bárbara, que sueña bajo las bóvedas de su cláustro un paraiso, un purgatorio y un infierno monásticos, como su imaginacion, y que cuenta al despertar á sus hermanos con sencillez cosas extrañas, extravagantes, triviales, atroces, algunas veces sublimes que jamas habian sido contadas. Es el Apocalipsis de los poetas, inteligible por el sentido, grandioso y casi antediluviano por la imagen, incomparable y verdaderamente monumental por la lengua.

Aunque el siglo en que vivió no supiera apreciar todo el valor de la *Divina Comedia*, como es siempre mas fácil rehusar la justicia que la atencion á los grandes hombres, Dante no dejó de gozar de cierta consideracion por su talento. Cuando el pueblo con su intuicion, veía pasar á aquel hombre de rasgos aguileños, arrugado, sombrío, con su capa negra, sus cabellos en desórden, su barba larga; cuando las mujeres y los niños le mostraban con el dedo diciendo: ¡Ved el hombre que viene del infierno!: cuando se interrogaban con inquieta curiosidad las trazas que el comercio con los hombres habia dejado en su semblante, Dante, condenado, desterrado, miserable, no dejaba de ser el que debía sobrevivir y dominar su época, el poeta, como le llamaban entónces todos en Italia.

Despues de haber paseado sobre todos los conocimientos de su tiempo la devorante inquietud de su espíritu; despues de haber recorrido el mundo natural y sobrenatural, estaba Dante cansado; cansado en lo físico y en lo moral; cansado de pensar y de caminar. Se cuenta que habiendose detenido un dia en una iglesia, pasó en ella hasta la noche. El hermano encargado de cerrar las puertas, fué á preguntarle qué buscaba. El poeta, con una mirada que anunciaba la agitacion de su espíritu, le miró fijamente y le contestó:

— ¡La paz!

Lo que no es para nosotros en la *Divina Comedia* mas que la obra de un poderoso génio, es para las imaginaciones del siglo XIII una realidad formidable. Las mujeres de Verona

decían, viendo pasar al poeta, y examinándolo con pavor:

— “Ese es el hombre que ha venido del infierno para traernos mas noticias de allí. Su tez y su barba están negras todavía del humo de aquellos lugares.”

Ademas de la *Divina Comedia*, que ha tenido infinidad de comentadores, y cuya edicion mas estimada es la del P. Lombardi hecha en Roma en 1,791, compuso varias poesías líricas, entre ellas, *La Vita nuova*, que contiene detalles sobre sus primeros años y sobre su amor á Beatriz. Tambien escribió un libro titulado, *De Monarchia*, y otro con el título *De vulgari eloquentia*, donde han aprendido los aficionados al estudio de las letras, la naturaleza é índole de la lengua italiana. En esta obra se recrea el mismo Dante con satisfaccion de lo que ha hecho por la literatura italiana y aún se vanagloria de la pureza y correccion de su estilo. No obstante, Mr. Sismondi, en su tratado de literatura, le niega esa correccion de estilo con cuya apreciacion no está de acuerdo Lord Macaulay, que se la concede y aun tambien la de creador que le atribuye el crítico francés.

Las demas composiciones de Dante, así en prosa como en verso, ya en italiano, ya en latin, son tan populares, que pocos italianos habrá que no sepan alguna de ellas y ninguno que no pronuncie con profunda veneracion y cariñoso respeto el nombre inmortal de Dante.

COFRESÍ.

NOVELA

DE ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

(Continuacion.)

CAPÍTULO II.

SOMBRA Y FANTASMAS.

Era ya muy entrada la noche, y la luna se cubría de vez en cuando de nubes; pero como estaba ya bastante avanzada en su cuarto creciente, dejaba ver, cuando su disco se despejaba de aquellas, los objetos mas próximos; y en todo el ámbito de la campiña á donde encaminamos al amigo lector, podían distinguirse entonces, al suave tinte de su plateada luz, los contornos de las llanuras, colinas y bosques, y aún percibirse, ya la silueta de alguna campesino casa ó rústico bohío, ya la de algun ser humano que á manera de fantástica sombra cruzaba las praderas.

Con efecto, recorriendo las poco accidentadas llanuras que se extienden desde el pueblo de Yauco, situado á la falda de la cordillera que va á formar, hácia el norte, el encumbrado, delicioso y benigno territorio en que se asienta

Adjuntas, hasta la espaciosa cuanto solitaria bahía de Guánica; podemos encontrar á la izquierda del sendero, un tanto desviado de éste y como á mitad de camino del referido Yauco á la mencionada bahía, un árbol añoso, inmemorial y, segun la tradicion, testigo de la conquista; que suele designarse con el nombre de *La Ceiba de Guánica*, y que podríamos apellidar, por sus años, la *Ceiba histórica*.

Su tronco, enorme, á pesar de la tablazon que de sus ramificados piés ha solido extraer la vandálica ignorancia de algunos campesinos, testifica en su corpulencia y estructura la antigüedad que se le supone. Dentro de sus varias cavidades, formadas como hemos dicho, por setos ó tabiques naturales, ramificaciones del mismo tronco y pedúnculo, podrían hallar vivienda por lo menos dos familias; y su copa elevada aunque no en proporcion del grueso, se extiende en ramas irregulares como su citado pedúnculo, en la forma caprichosa y pintoresca que afecta la generalidad de estos árboles. Parece dar mayor verdad á la siguiente pintura que ha hecho de este género vegetal, en uno de sus dramas [*] el autor de esta novela:

“Y de la nube con celes
la ceiba gigante sube,
sus brazos mostrando anhelos
de alzarse mas que la nube,
de abarcar los anchos cielos.”

En una palabra: la Ceiba de Guánica se reputa una de las mas grandes y antiguas de la isla, mayor aún que la que á orillas del poético Bucaná, llama por su altura y corpulencia la atencion de los viajeros.

Hácia aquel árbol, ó sea el de Guánica, que se divisaba y distinguía desde lejos en la llanura por su tamaño y su aislamiento, parecía dirigirse como procedente de las cercanías de Yauco, un hombre á caballo, cuyo galope contribuía no poco á aumentar, con la movilidad, el aspecto fantástico que desde lejos y á la leve luz de la todavía pálida luna, tomaban los objetos.

Acerquémonos, pues, y le veremos llegar junto á la Ceiba, y desmontarse atando á un agujero del tronco la brida del caballo.

La impaciencia del ex-ginete denota que espera la llegada de alguien que tarda, al parecer. En vano silba de manera singular, cuyo sonido reproduce el eco en menor escala hasta perderse allá á lo lejos. Sin duda es una cita, y la tardanza de la persona, que no se deja ver aun por aquel contorno, nos permitirá describir un tanto al recién llegado, siquiera no sea tan minuciosamente como quisieramos, visto lo escaso de la luz con que la bella Diana, tan esplendorosa en la generalidad de las noches tropicales, se limita á favorecernos en ésta.

Nuestro personaje parece un agraciado mozo de veinte y cinco años á lo mas. Su rostro,

[*] Vasco Nuñez de Balboa.

moreno y tostado, al que la barba, poco abundante, presta virilidad sin despojarle de la frescura juvenil, y al que unos ojos negros y fogosos dan mas animacion; ofrece cierto aspecto de rudo vigor y apasionada firmeza, totalmente de acuerdo con el lenguaje de sus maneras y el talante de su figura: revelando en conjunto todos estos pormenores al hombre de carácter ardiente, resuelto y entusiasta.

Viste como el jíbaro de mediana condicion, solo que á cada lado de su cinto se percibe la culata de una pistola mal encubierta por la chaqueta burda, y de una de sus banastas sobresale la habitual espada de coco.

Ibase, con razon, acrecentando su impaciencia, cuando se dibujó á corta distancia la forma de una mujer en direccion al árbol. Parece jóven y viene con paso cauteloso, como el de tímida gacela que avanzase allá en las sabanas del Africa, recelosa de topar con alguna fiera. Sale aquel á su encuentro y la jóven reconociéndole sin duda, salta hácia él con tanta ligereza, como lentitud habia mostrado ántes. Entonces pudo ajustarse mejor á ella la semejanza con aquel ligero, esbelto y agraciado animal de los desiertos; y si nos fijamos en los ojos rasgados y bellos y en la mirada tierna y dulce de la primera, la comparacion será aún mas propia.

— Rosa mía! — murmuró el mancebo.

— Ricardo! — exclamó la doncella cayendo en brazos de aquel, que la condujo al pié de la ceiba, no tanto para ocultarse bajo su sombra, cuanto con la mira de apartarse del camino, que, aunque desierto á tales horas, era ocasionado á dejar de serlo de un instante á otro por la presencia de algun arriero ó viandante trasnochado, á causa de ser la única vía un poco practicable en aquel tiempo, de Ponce y Yauco á San German y territorio del Oeste.

Las exclamaciones que acabamos de anotar nos han revelado los nombres de ámbos; su siguiente diálogo nos pondrá de manifiesto sus caracteres respectivos y la indole de sus relaciones.

— Cuánto tiempo sin verte, amado mio! ¿Cuándo llegará el día en que mis horas no pasen en la amarga soledad de tu ausencia?

— Pronto, Rosa mía, muy pronto espero realizar los deseos de todos mis instantes. Esta vida que llevo, solo nos permite vernos tan de tarde en tarde!

— Sí — repuso ella — tan de tarde en tarde!

— Y luego, nuestras entrevistas son tan rápidas — añadió Ricardo — que apenas me alcanza el tiempo para contemplar ese rostro tan hermoso, para besar esas negras trenzas cuyo perfume me embriaga; para mirar el amor que mi corazón te tiene, reflejarse en esos ojos que han robado á la noche su color y á la luna su dulce brillo. Sí, Rosa de mi vida: apenas ten-

go espacio para ceñir ese talle que cimbreaba como la palma ni para oír tus deliciosas palabras de amor cuando brillan en esos labios de coral llenos de perlas.

— Oh! sí — replicó la jóven — apenas alcanza la ocasion para decirte cuanto te quiero.

La descripcion que acabamos de oír, era exacta salvo en dos de sus detalles; pues los ojos del amor, pintores siempre de perfecciones, exageraban en éste como en la mayor parte de los casos suele acontecer. El rostro de la jóven tenia facciones griegas y por lo tanto hermosas; su cabello de ébano, copioso y repartido en dos largas trenzas, ondulaba lustroso al leve resplandor de la luna y se mostraba perfumado, gracias á las finas esencias que Ricardo la traía de vuelta de sus misteriosos viajes; el amor que éste la tenia, no dejaba de ser respetuoso, siquiera fuese como caprichoso contraste con otras pasiones ó sentimientos menos dignos ó menos puros que imperaban en su corazón; los negros ojos de Rosa eran ardientes á la vez que tiernos, es decir, que eran luz y dulzura al mismo tiempo, comparables á la luna en el suavísimo fulgor de su mirar; pero aquel talle esbelto como acababa de expresar el jóven, si como la palma se cimbraba, era á fuer de delicado y débil; y aunque sus dientes parecían perlas, sus labios no semejaban corales sino pálidas rosas: indicio, como aquella esbeltez y aquel rostro que mas que trigueño ambarino venia á ser trigueño pálido, de que lo físico de la doncella estaba devorado por sus propios nervios y desmembrado por la exagerada ó mas bien viciosa frugalidad, nacida del desden ó horror que hacía los alimentos sustanciosos profesan muchas de nuestras campesinas, y de que tanto se resiente la constitucion de las familias que llegan á producir, si la tisis no se anticipa á veces demasiado. La doncella de que hablamos, parecia de estas últimas, y la azarosa y febril pasion que sentía por el mancebo, no era poca parte en la delicada morbidez de su cuerpo ni en la histórica melancolía que revelaba su alma. Lógico es, que dado el tipo, si tal puede considerarse, la imaginacion visionaria y calenturienta de la misma, encontrase pasto y vuelo en aquella quebrantada naturaleza, y hechicera magia en la pasion misteriosa que sentía por quien, segun vamos adivinando, llevaba una vida de aventuras en que ella le seguía con el alma.

En vista, pues, de lo que acabamos de expresar, podríamos invertir respecto de esta doncella, el aforismo de *mente sana en cuerpo sano*, en este otro negativo: *mente enferma en cuerpo enfermo*.

(Continuará.)

LA AMISTAD.

La amistad es, despues del amor, el lazo mas hermoso que pueda estrechar á dos corazones que han llegado á comprenderse.

Cuando el alma se ve aislada y viuda de ese afecto tan dulce y sosegado, suspira por él y lo encuentra al fin. Principia entónces para ella una nueva vida, una vida doble, llena de confianzas espontáneas, de delicadezas que jamas se agotan, de placeres que nunca fastidian. Tiene ahora á quien confiar sus dolores, sus dudas, sus esperanzas ó sus alegrías. No estoy ya sólo, se dice: hay un sér que se interesa por mí; un sér que padecerá si yo padezco, que gozará si yo gozo.

Estamos de tal manera organizados y es tan grande la necesidad de expansion que el alma experimenta, que no podríamos vivir encerrados, por decirlo así, en nosotros mismos y sin cambiar con otros seres racionales nuestros sentimientos é ideas.

Hasta el salvaje, que siente y piensa tan poco, desea ese cambio y lo busca y se entrega á él en medio de sus correrías por la selva.

La propension á esparirnos y á vivir de cierto modo en otro sér es tanto mas enérgica cuanto mas desenvuelta tengamos la facultad del sentimiento y mas dilatado sea nuestro horizonte intelectual.

Esa propension predispone el alma á la amistad, que es una verdadera sociedad espiritual con deberes reciprocos, embellecida por la simpatía y sostenida y animada por mil goces inocentes.

La amistad tiene parentesco con el amor, y hasta pudiéramos decir que es el amor mismo fundado en la estimacion, y sin esos encendidos anhelos, sin esos delirios del sentido, sin esos sueños de ventura que se disipan como el humo para dar lugar á nuevas ilusiones, sin esas inquietudes continuas, sin esas luchas terribles que caracterizan al más grande y misterioso de los sentimientos.

Ese parentesco con el amor parece mas estrecho y el vínculo mas grato entre personas de distinto sexo. Un hombre y una mujer amigos, especialmente si son jóvenes, tienen siempre cierto aire de amantes y vienen á serlo en realidad si la razon se descuida ó se deja engañar por el corazon, que es un gran sofista con voz de sirena.

La amistad puede alcanzar mas larga vida que ningun otro afecto, por lo mismo que es desinteresada, humilde y reflexiva. El vil interés no entra en sus cálculos, la arrogancia está excluida de su trato y la razon preside sus consejos.

La amistad es un sentimiento esencialmente benéfico: posee bálsamos preciosos para curar las heridas del alma y es como una Providencia en el mundo. ¡Cuántas veces ha llevado

el consuelo y la paz al corazon atribulado! ¡Cuántas veces ha penetrado en el hogar del menesteroso para dejar allí la abundancia y el bienestar! ¡Cuántas veces ha velado noches enteras á la cabecera de un enfermo, prodigándole los mas tiernos y exquisitos cuidados! ¡A cuántos ha librado de la prision, del destierro y hasta del cadalso!

Y sin embargo, se dirá acaso, ese sentimiento que ha enjugado tantas lágrimas, suele esconder la perfidia y costarnos muy caro. En todas partes y en todas épocas se ha visto al amigo hacer traicion á su amigo, venderle, como Júdas al Cristo, por unas cuantas monedas, por la sonrisa de una mujer ó los halagos de un poderoso.

Sí; pero yo no hablo de la falsa amistad, ni de ese afecto de mera superficie con que nos brindan á menudo algunos entes mezquinos y profundamente egoistas, que todo lo posponen al yo. Esos no tienen mas amigos que sus propios intereses; esos nos estrechan la mano y nos dan ese dictado, mientras creen que pueda uno serles útil.

Yo hablo de la amistad que contraen y cultivan las almas distinguidas; de aquella que Grecia y Roma adoraban como una virtud; de aquella que en los tiempos gentílicos aparecía como una vírgen hermosa, vestida de blanco, con el pecho descubierto y el corazon visible y mostrando en su frente, tan pura como la de un niño, una corona de mirto y flor de granado.

¡O amistad! verdadera y noble amistad! tú aligeras el peso de la vida; tú inundas nuestro espíritu de una luz mas suave que la del astro de la noche. Mas de una vez la desgracia ha desgarrado mi corazon, y tú me has consolado! Mas de una vez, me he sentido sin fuerzas, desalentado y sin fé en los hombres ni en el porvenir, y tú me has dicho como Dante al hijo de su bienhechor: — *Aguarda, espera!* ¡Cuánto te debo, generosa amistad, y cuánto me complazco en exclamar: Bendita seas!

F. A. G.

LA PUREZA.

(En un álbum.)

Tiene una flor el alma
que es la mas bella,
y entre todas las flores
tierna descuellla.
Es muy querida
porque forma el encanto
de nuestra vida.

Un ángel la protege
y está á su lado
prodigándole dulce,
tierno cuidado;
y su belleza
enamora á los hombres,
es.... ¡la Pureza!

Mas, cuando ya sus hojas
no dan perfume
y se mira marchita,
ay! se consume;
y el ráudo vuelo
entristecido el ángel
remonta al cielo!

Pto-Rico 1875.

M. Dueño Colon.

EL ESCARABAJO DE ORO

POR EDGARDO POE.

(Continuacion.)

No trataré de describir los sentimientos con que contemplaba yo aquel tesoro: el estupor, como puede suponerse, dominaba á todos los demas. Legrand parecia abatido por su propia excitacion, y solo pronunció algunas palabras. En cuanto á Júpiter, su rostro se puso tan pálido como puede estarlo el rostro de un negro; no parecia sino que le acababa de herir el rayo. En seguida cayó de rodillas en el hoyo, y hundiendo los brazos desnudos hasta el codo, los tuvo metidos dentro del arca mucho tiempo, como si sintiera el placer de un baño, hasta que exhalando un hondo suspiro, exclamó, hablando consigo mismo:

— ¡Y todo esto debemos al escarabajo de oro! ¡Hermoso escarabajo de oro! ¡pobre escarabajo de oro! ¡Y yo le injuriaba, yo le calumniaba! ¡No te dá vergüenza, negro belloco? vamos, responde.

Fué preciso que despertara, por decirlo así, al amo y al criado, y que les hiciera comprender lo conveniente de que nos lleváramos el tesoro. Se hacía tarde, y era preciso que desplegáramos bastante actividad, si deseábamos que todo estuviese seguro en casa ántes del dia. No sabíamos que partido tomar, y el tiempo se nos iba en deliberaciones, tanto era el desorden de nuestras ideas. Finalmente, aligeramos el arca, sacando las dos terceras partes de su contenido, y con algun trabajo pudimos arrancarla del hoyo. Los objetos que sacamos fueron colocados entre las zarzas, y confiados á la guardia del perro, al cual Júpiter encargó estrictamente que no se moviera bajo pretexto alguno, y que no abriera la boca hasta nuestro regreso. Entonces nos pusimos rápidamente en camino con el arca; llegamos sin obstáculo á la cabaña, pero despues de no poco cansancio y de hora y media. Fatigados como estábamos, no podíamos inmediatamente volver á la tarea; hubiera sido traspasar las fuerzas de la naturaleza, y así fué que descansamos hasta las dos, enseguida cenamos, y luego nos pusimos en camino de nuevo hacia las montañas provistos de tres sacos que felizmente encontramos en la cabaña. Poco ántes de las cuatro llegamos al hoyo, nos dividimos por igual el resto del botin, y sin cuidarnos de llenar otra vez el hoyo, regresa-

mos á la cabaña, en donde dejamos nuestras preciosas cargas, cuando los primeros albos del sol aparecían en Oriente por encima de la copa de los árboles.

Estábamos rendidos de cansancio; pero la profunda excitacion actual nos negó el reposo. Nos levantamos despues de un sueño inquieto de tres ó cuatro horas, como si hubiéramos convenido en ello, para proceder al exámen de nuestro tesoro.

El arca había sido llenada hasta los bordes y pasamos todo el dia y parte de la noche aguijente en inventariar su contenido. En la colocacion no había precedido orden alguno; todo estaba confusamente amontonado. Cuando hubimos hecho una clasificacion general, nos encontramos en posesion de una fortuna que iba mas allá de todas nuestras suposiciones. Había en especies mas de 450,000 dollars, apreciado el valor de las piezas con todo el rigor posible, segun las tablas de la época. No encontramos ni una partícula de plata; todo era de oro viejo y de grande variedad: monedas francesas, españolas y alemanas, algunas guineas inglesas y varias piezas de modelo que nunca habíamos visto. También había muchas monedas muy grandes y muy pesadas, pero tan usadas que no pudimos descifrar las inscripciones. No encontramos ninguna moneda americana. En cuanto á la estimacion de las alhajas, fué cosa mas difícil. Encontramos diamantes, entre los cuales los había muy hermosos y de notable grosor, hasta ciento y diez; diez y ocho rubíes de precioso brillo; trescientas diez esmeraldas riquísimas; veinte y un záfiro y un ópalo.

Todas estas piedras habían sido arrastradas de sus guarniciones y hechas en desorden en el arca. Las guarniciones, de las cuales hicimos una categoria distinta del otro oro, parecían haber sido aplastadas á martillazos, como para que no pudiesen ser conocidas. Había ademas una enorme cantidad de adornos de oro macizo; una doscientas sortijas ó pendientes, treinta hermosas cadenas, ochenta y tres crucifijos muy grandes y pesados, cinco incensarios de oro de mucho precio, una gigantesca ponchera de oro adornadas de pámpanos y figuras de bacantes anchamente cinceladas: dos puños de espada trabajados con primor, y otros muchos artículos mas pequeños de que ya no me acuerdo.

El peso de todos estos valores pasaba de 350 libras, y he omitido ciento noventa y siete relojes de oro, tres de los cuales valian 500 dollars cada uno.

(Continuará.)

Establecimiento Tipográfico de Gonzalez.